



La Enseñanza Moral en la Clase de Religión: Apuntes para fundamentar la acción moral, desde una perspectiva religiosa.

**Andrés Soto Sandoval.
Agosto de 2019**

El tiempo se ha cumplido. Cambien de conducta y crean en la Buena Noticia (Mc 1,15)

En no pocos colegios laicos e incluso de inspiración religiosa, dada la obligatoriedad legal de ofrecer la clase de religión a la que las familias voluntariamente pueden acceder, sus directivos piden a los profesores de religión que enseñen valores “y no hablen de religión”¹. Quizá sin tener mucha conciencia de eso, en el fondo se está pidiendo que se aproxime a los estudiantes al aprendizaje de la moral o de la ética.

Esta “prohibición” de la enseñanza de la religión, se enmarca en la siguiente convicción: vivimos una sociedad pluralista cada vez más diversa, con separación entre Iglesia y Estado, con un creciente aumento de personas que se declaran no creyentes, pero con la necesidad de aprender a vivir juntos. El espacio de la clase de religión aparece propicio para, desde lo ético, aprender a encontrarnos y construir una sociedad basada en valores que le den sentido.

Considerando lo anterior, es posible afirmar que esta solicitud de “enseñar valores” puede constituir, más que una amenaza, una oportunidad para los profesores de religión. A través del hecho y teoría moral, es posible formar a los niños y jóvenes, de acuerdo a su etapa de desarrollo, para que fundamenten su práctica de vida. Esta fundamentación, junto a otras, dependiendo de la opción creyente o no creyente, puede encontrarse en los hechos y palabras de Jesús, como respuesta a una iniciativa de amor a través de una relación profundamente humana y religiosa. Por tanto no se trata de “enseñar” valores como fines en sí mismos, sino de invitar a dar una respuesta de sentido, que se traduce en acciones éticas inspiradas en un acontecimiento clave para los creyentes, y que se ponen a disposición para asumir, junto a otros que probablemente no creen o no tienen la misma fe, el desafío de vivir juntos para humanizar la existencia personal y colectiva.

¹ Esto según el testimonio entregado por muchos profesores de religión, en los diversos encuentros formativos que ha organizado el Área de Pedagogía en Religión, de la Vicaría para la Educación del Arzobispado de Santiago.



Más allá de la enseñanza de los valores: lo ético o moral

Si enseñamos valores, estamos planteando un modo de enseñar moral. Por ello es importante ubicar esta enseñanza y aprendizaje en el contexto de esta disciplina. ¿A qué nos estamos refiriendo con moral? Esta pregunta no es meramente teórica pues nos ubica en una perspectiva donde el significado común de la moral está ligado a la imagen que las personas solemos tener de las instituciones que nos la enseñado. Moral suele asociarse a lo prohibitivo. Más aún, a lo que se prohíbe respecto a una dimensión de la vida humana ligada a lo individual y sexual. Moral vendría siendo lo que no se debe hacer o aquello a lo que estoy obligado a realizar; lo negativo, no lo positivo.

En el debate actual, cuando se habla de la agenda valórica de alguna candidatura, o de los temas valóricos de algún sector, se suele asociar lo moral a situaciones de homosexualidad, aborto, eutanasia, etc. No se le relaciona necesariamente con desafíos como el salario justo, la convivencia social, el modelo económico, el sistema previsional, la participación política, etc.

Para aclararnos más lo que estamos reflexionando, puede ayudar acercarnos al origen etimológico de los conceptos ética y moral. Según Adela Cortina (1996) las palabras "ética" y "moral", en sus respectivos orígenes griego (êthos) y latino (mos), significan prácticamente lo mismo: carácter, costumbres. Ambas expresiones se refieren a un tipo de saber que nos orienta para forjarnos un buen carácter, que nos permita enfrentar la vida con altura humana, que nos permita, en suma, ser justos y felices. Se puede ser un político muy hábil, un empresario muy avisado, un experto profesional, una persona exitosa en la vida, pero a la vez una persona humanamente indecente. De ahí que ética o moral ayuden a cultivarnos un buen carácter para ser personas íntegras. Dada justamente la similar etimología de ambos conceptos, podemos tomarlos perfectamente como sinónimos².

² Cortina, Adela. (1999) *El quehacer ético. Guía para la Educación Moral*. Aula XXI, Santillana. España.

El lenguaje común, heredado también de la psicología, coincide con esta apreciación cuando hablamos de "formar el carácter". A diferencia del temperamento, que es heredado, el carácter se forma. Esto se hace en un proceso largo, donde las experiencias de las primeras etapas del proceso de socialización, son claves. Ambos, temperamento y carácter configuran lo que llamamos personalidad. A medida que crecemos, el carácter va tomando más fuerza. De ahí entonces la importancia de la enseñanza ética, pues al apuntar al carácter se está refiriendo a la configuración de nuestra personalidad, es decir al modo como nos entendemos y relacionamos con nosotros mismos, con el entorno, con los demás y con la Trascendencia.

La perspectiva de proyecto moral

Entendemos la moral en clave de Proyecto, de ahí que nos situemos ante una categoría eminentemente dinámica y dinamizadora. Pero no es cualquier proyecto sino el de construcción de un mundo más humano donde opere la experiencia positiva de hombres y mujeres que desean ser protagonistas de su vida. Esto que parece de perogrullo, no lo es tanto cuando vivimos en una sociedad donde existen millones de seres humanos, que viven como ciegos a la orilla del camino, buscando un salvador (Mc 10,46). Cuando la Tradición eclesial propone el concepto de Desarrollo Integral nos sitúa justamente en la clave del protagonismo. El desarrollo no es un mero concepto económico sino el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas (Pablo VI, 1967)³. Es un proceso en el cual se construye el proyecto de la humanidad. Es interesante este dato pues nos coloca en un código de protagonismo y da pie para hablar de lo nuclear del discurso ético: la respuesta a la pregunta por la realización plena del ser humano. En el mismo código nos situó la modernidad con su convencimiento de que la historia camina hacia el progreso creyendo en la capacidad de las personas para construir el mundo, aunque dicho planteamiento se extremó a partir de una antropología más bien inmanentista.

³ Pablo VI (1967) Encíclica *Populorum Progressio*. Nº 21



Marciano Vidal declaró hace años que "se entiende por dimensión ética aquella condición de la realidad humana por la que ésta se construye libre y coherentemente. La historia humana, según este autor, no se rige únicamente por leyes autónomas ni se constituye según modelos previamente incorporados a un devenir ciego e irreversible. Por el contrario, la historia humana depende, en gran medida, de las libres y responsables decisiones de los hombres que, en cuanto tales, están orientados por modelos que trascienden normativamente la realidad fáctica. Esta peculiar manera de ser de la historia humana es traducida a través del sentido ético, el cual significa a su vez la configuración 'humanizadora' o 'deshumanizadora' de la realidad" (Vidal, 1998)⁴.

Lo ético o moral constituye la concreción de la realización humana. La pregunta moral busca la respuesta a lo que "tengo que hacer" para ayudar a conducir la historia humana hacia lo más propio de ella. Nos situamos en el terreno de la humanización y hominización,⁵ en el de la búsqueda de un mundo más humano con personas cada vez más humanizadas. Se integran aquí dos dimensiones con tendencia a separarse, la personal y la social, en una sola realidad humana.

Detrás de lo anterior encontramos una potente antropología. Esta concepción del ser humano recoge un dato importante de su experiencia al subrayar su carácter relacional. Para quienes tenemos la oportunidad, como educadores, de ayudar a formar personas desde su experiencia de vida, desde sus problemas y conquistas, este es un dato fundamental.

No obstante, la ética es primariamente personal. Es cada persona quien, desde dentro de la situación en que en cada momento de su vida se encuentre, ha de proyectar y decidir lo que va a llevar a cabo.

⁴ Vidal, Marciano (1998). *Moral de Actitudes I*. Editorial PS, Madrid.

⁵ Entendemos por Hominización, el proceso en que la persona humana se hace cada vez más persona. Humanización, ser refiere al proceso donde los hombres colectivamente son más hombres, un mundo mejor. Ambos fenómenos están absolutamente ligados y no se entiende el uno sin el otro.

Las normas o modelos de comportamiento y de existencia, de acuerdo a las cuales vivimos, han de ser libremente aceptadas por cada uno de nosotros para que el acto y la vida sean morales. Para ello deben pasar, previamente, por el tribunal de nuestra conciencia moral, que las calificará como deberes. Solo cuando las asumimos como nuestras, incorporándolas como hábitos, nos hacemos responsables de ellas⁶.

El Referente ético: el polo objetivo del discurso moral

José Luis Aranguren (1958)⁷ realiza una distinción clave para poder iluminar el camino ético de la construcción de humanidad. Por un lado está la moral vivida concreta, que implica actuar éticamente, es decir de manera responsable, desde la libertad que nos permite decidir qué hacer, particularmente cuando tenemos que tomar decisiones claves para nuestra vida y la de los demás. Por otro lado está la moral formulada, que corresponde a la teoría moral y que se expresa en los referentes éticos que orientan nuestro actuar y nos iluminan a la hora de tomar decisiones. Esta última constituye el polo objetivo del discurso ético y se refiere, en sentido amplio a las normas y valores morales.

Los valores morales son cualidades inherentes a la conducta humana, personal-social y requieren ser objetivados en normas que posibilitan o ayudan a posibilitar su realización. Sin menoscabar su relevancia, al plantear la realidad de la norma moral distinguiéndola del valor ético, estamos señalando la importancia mayor de éste último. Desde esta distinción también se subraya la relevancia de la norma en función de lo que pretende expresar: el valor más

⁶ Entendemos por hábito (del latín "*habitus*"), la predisposición a actuar de determinada manera que se ha adquirido por el ejercicio repetido de dicha conducta que, al interiorizarse como modo de actuar permanente, va constituyendo prácticamente una segunda naturaleza, dado que es algo aprendido, por tanto no innato.

⁷ Aranguren, José Luis (1958). Alianza Editorial. El autor plantea que toda su obra que va en la línea de la moral formulada, tiene como trasfondo la moral vivida. Hortal (op. cit., 2000) también asume esta distinción.



profundo. Las normas morales existen para tutelar la vigencia de “valores morales”.

No obstante lo anterior, el problema es más complejo. La pregunta es de dónde proceden dichas normas como modelos de conducta. Es posible que yo mismo pueda inventar, como es el caso de los reformadores sociales, por ejemplo, algunas normas de conducta. Sin embargo si bien esto es posible, es más bien improbable. Lo normal es que la gente se limite a elegir, de manera más o menos personal, entre pautas previamente dadas. De algún modo cada persona se autoconstruye, pero es verdad también que somos hechos por la sociedad en que vivimos y por el mundo histórico-cultural al que pertenecemos.

Ahondemos y precisemos este tema de los referentes éticos. Aunque hemos considerado sinónimos, dada la etimología de los conceptos, moral y ética, puede ayudar recordar que ética se ha considerado para nombrar los planteamientos teóricos – filosóficos en general que orientan y fundamentan el actuar humano. En esta línea, un referente ético nos colabora para orientar e iluminar, de acuerdo a la creencia u opción teórica de cada persona o grupo, un posible curso de acción, en vistas a lograr un objetivo determinado.

Adela Cortina (1999-b) nos habla de cuatro escuelas, líneas o tipos de racionalidad ética, que pueden iluminar y fundamentar la acción humana y las decisiones que tomamos. La primera es la que llama Racionalidad Prudencial, que corresponde a la Tradición Aristotélica. Se caracteriza principalmente por considerar la acción moral con una finalidad última que es la *Eudemonia* (Felicidad), es decir lo que más conviene a una persona en el conjunto de su existencia. Su ámbito moral es el de la racionalidad que delibera sobre los medios más adecuados para alcanzar un fin en la perspectiva de una relación medio-fin, hasta llegar al fin último que nunca es medio. Es interesante esta visión pues, a la hora de tomar una decisión o de llevar a cabo una valoración ética respecto a alguna situación, la atención estará puesta en si este hecho o posible decisión se encamina adecuadamente, como medio, hacia la finalidad última que, en definitiva, sería la plenitud humana. Si la respuesta es positiva, dicha posible decisión o hecho valorado, sería ético, justo, conveniente, adecuado, etc. Si no

lo es, debería rechazarse o valorarse negativamente.

La segunda racionalidad sería la Calculadora que corresponde a la Tradición Utilitarista. De acuerdo a ella, el fin último del ser humano sería la felicidad o el bienestar que consiste en el máximo de placer y el mínimo de dolor. Su ámbito moral es el de la maximación del placer y la minimación del dolor para la mayoría. Esto implica, como criterio ético, que entre dos cursos de acción se debe elegir aquel cuyas consecuencias procuran el mayor bienestar al mayor número de personas.

La Tercera correspondería a la Tradición Kantiana, que sería una tradición práctica. En este caso el fin moral es conseguir una buena voluntad, que se guie por las leyes que nos damos a nosotros mismos (autonomía). Su ámbito moral es el de las leyes que nos hacen verdaderamente personas, leyes que están en el sujeto mismo. El criterio moral apunta a elegir las normas que pueden expresarse como imperativos categóricos, por tanto a través de máximas universales.

Esta perspectiva toca un aspecto sensible de la humanidad al apuntar a la autonomía. “la idea de autonomía recorre la historia de Occidente, al menos desde el siglo XVIII, con la convicción de que es inmoral tener que vivir bajo leyes ajenas en el caso de seres que tengan capacidad para dárseles a sí mismo. Y puesto que los hombres pueden darse leyes y actuar según ellas, vivir según las propias leyes, es signo de humanidad” (Cortina, 2007)⁸. Esta ambición está subrayada en los propósitos educativos que nuestra Ley General de Educación establece, al plantear la finalidad de la Educación afirmando que se trata de formar para que las personas puedan conducir su vida en forma plena (LGE, art. 2).

La cuarta racionalidad, muy aceptada en la actualidad, es la Tradición Dialógica. Esta perspectiva considera que vivimos en una sociedad donde se reconocen y asumen las diferencias con una base de igualdad fundamental y el reconocimiento de que todos somos interlocutores válidos, responsables y confiables. Sobre la base de mínimos éticos irrenunciables y la consideración del ser humano como centro y

⁸ Cortina, Adela,(2007) *Ética de la razón cordial*. Ediciones Nobel, S.A. Pág. 103.



nunca instrumento o medio para otro fin, a través del diálogo se buscan máximos éticos construyendo máximas universalizables, por tanto válidas para todos.

Junto a lo anterior es posible apelar a dos referentes éticos de especial importancia para nosotros y que la moral cristiana ha subrayado por siglos. Uno es la moral de virtudes y el otro la moral de los valores. Después del Concilio Vaticano Segundo también surgió lo que se llamó Moral de Actitudes, que puede colaborar mucho en función de los propósitos formativos del Curriculum Nacional que busca el desarrollo de contenidos, destrezas y actitudes en los estudiantes.

La Conciencia moral: el polo subjetivo del discurso moral

Como hemos afirmado, la norma moral (valores, referentes, normas, principios éticos, etc.) constituye el polo objetivo de la experiencia ética. Junto a este, existe la conciencia moral que es el polo subjetivo. Esta, también es norma, pero interiorizada en el sujeto, a través de su proceso de vida y tiene una fuerza normativa decisiva pues ninguna acción humana puede considerarse en concreto, buena o mala si no está referida a la conciencia. Por ella pasan todas las valoraciones morales de las acciones humanas.

El tema de la conciencia moral es clave sin la cual simplemente no hay ética. Esto que es tan importante, desde las teorías de la sospecha, como es el caso del psicoanálisis por ejemplo, constituye un problema. Cada persona sabe lo que hace y sabe por qué lo hace. Sin embargo muchas veces, personas que actúan diciendo que saben lo que hacen, en realidad no saben al menos en gran parte, lo que están realizando. No obstante lo dicho, sin conciencia no podemos hablar de moral ni de ética. Es un presupuesto básico que “quien actúa moralmente sabe (hasta cierto punto al menos) lo que hace, lo que pretende al hacerlo y sabe si eso que hace es bueno o malo, lícito o ilícito. A todo esto es a lo que llamamos actuar en conciencia. La persona moral para poder ser autora de sus actos, para que éstos puedan serle imputados y merezca alabanza o reproche por ellos, tiene

que saber lo que hace, en alguna medida al menos”. (Hortal, 2000)⁹.

Hablar de conciencia moral se refiere a la capacidad de conocer y juzgar sobre la bondad o maldad, licitud o ilicitud moral de las acciones en general y de las propias del que las realiza. Se trata de un acto de caer en la cuenta, de saber, conocer, sentir o juzgar sobre la eticidad de la acción que hacemos o que realizaremos o, por lo que hacen o pueden llevar a cabo los demás.

El Discernimiento Ético

La formación en valores en un contexto de formación religiosa escolar, supone la consideración de los elementos entregados anteriormente. Esto significa para el educador tener un concepto global de lo que es el discurso ético, asumiendo que la ética o moral apunta a la formación del carácter para actuar en clave de proyecto humanizador. Para hacerlo, debe formar su propia conciencia moral iluminado por referentes éticos, en un proceso que transcurre toda la vida. Para el cristiano, el referente principal es la persona de Jesucristo, quien, de acuerdo a lo narrado en los evangelios, fue formando su propia conciencia a partir de la enseñanza que recibió de sus padres, en el seno de su familia, y en el contacto con la cultura religiosa de su tiempo, aprendiendo las Escrituras. De esta manera el niño fue creciendo en sabiduría y estatura, haciéndose más fuerte y gozando del favor de Dios y de los hombres (Lc 2,39. 51).

El formador requiere tener los elementos para elaborar un discurso ético donde ubicar, en un plano más profundo y global, la perspectiva de los valores. De esta manera sabrá articularlos con el fin de que el estudiante pueda ir captando su sentido más hondo para actuar sobre la base de valores que le hagan sentido. El discernimiento puede ser un medio que nos ayude a ese fin.

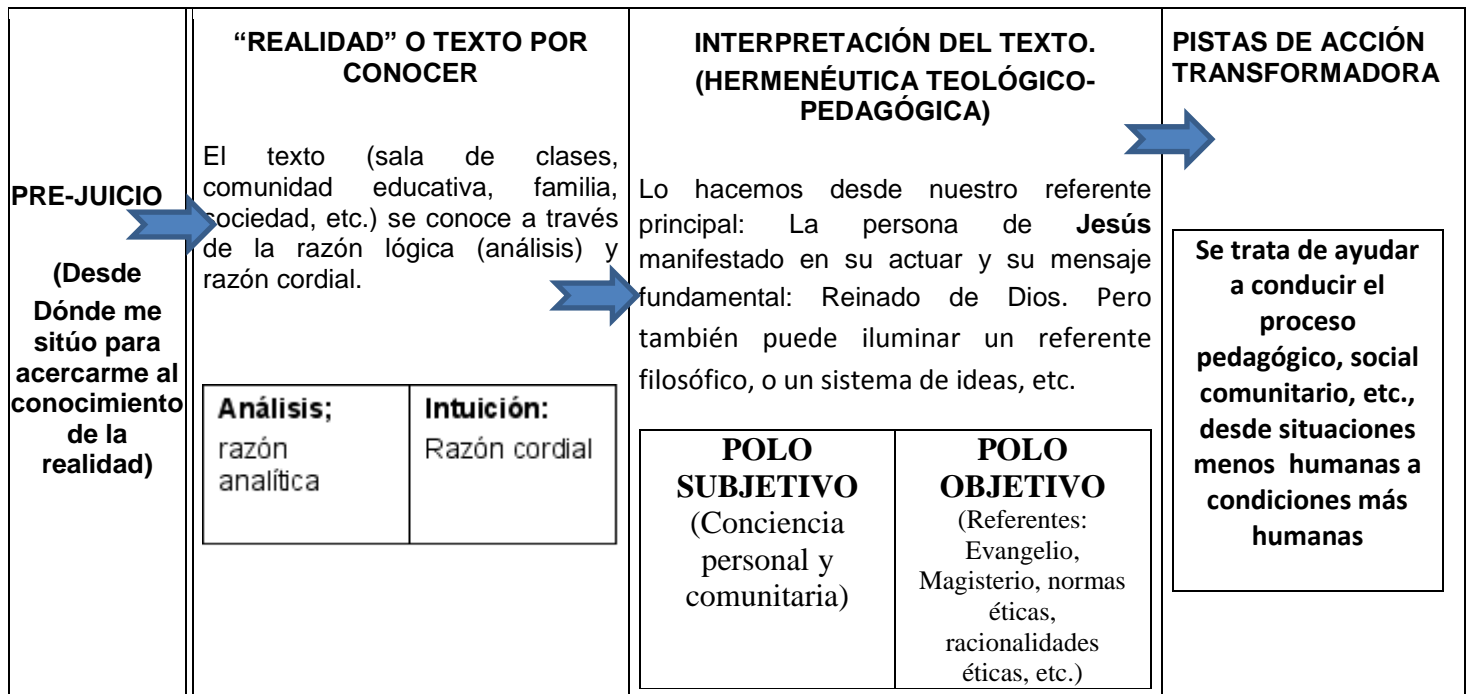
De acuerdo a lo anterior uno de los objetivos principales en la formación moral está relacionado con el desarrollo de capacidad de discernimiento para poder decir una palabra ética sobre nuestra realidad y para actuar éticamente en el mundo donde nos

⁹ Hortal, Augusto (2000) *Ética*. Universidad Pontificia Comillas. Madrid. Al respecto se recomienda el capítulo IV: La Conciencia Moral.



corresponde vivir. Esta opción puede tener la conveniencia de constituir un puente que permita el diálogo entre creyentes de distintos credos y no creyentes, pues el valor moral y el desarrollo de la conciencia ética para unos tendrán su fundamento en horizontes éticos humanizadores, como los señalados por Adela Cortina, y para otros, también en referentes éticos humanizadores fundados en una experiencia religiosa de encuentro con lo sagrado trascendente.

Para lograr este importante objetivo puede ayudar el esquema que presentamos a continuación. Este consiste básicamente en una Espiral Hermenéutica o de Interpretación que grafica el movimiento lógico de un proceso de búsqueda humanizadora de la realidad, tanto a nivel personal como comunitario y social. Se trata de conducir la realidad éticamente desde situaciones menos humanas a condiciones más humanas.



La Espiral Hermenéutica consiste básicamente en lo siguiente: nos ubicamos frente a una realidad (texto), la cual conocemos y requerimos valorarla religiosa y/o éticamente, esto es, hacer sobre ella una valoración para conducirla a un nuevo estado de realidad, más humano. Esta realidad la conocemos a través de la razón: análisis e intuición (corazón, tincada...). Y la misma realidad conocida y analizada, la valoramos a través de un discurso ético usando principalmente la conciencia moral y los referentes éticos. Estos, que pueden constituir normas éticas, se inspiran en y

concretan valores morales que existen en la sociedad y se traducen también en principios éticos que guían nuestro actuar en vistas a valorar y transformar la realidad para hacerla más humana.

Esta forma de conocer para actuar éticamente en la realidad es el Discernimiento ético y/o religioso. Sobre él vamos a detenernos para entender el fundamento principal de esta forma transformadora de mirarnos, observar y actuar para el desarrollo integral.



El concepto de Discernimiento

La palabra Discernimiento se ha rescatado últimamente en gran parte gracias al aporte de la Doctrina Cristiana. De acuerdo a ella, se le ha definido como la búsqueda activa de la voluntad de Dios en los concreto de las estructuras históricas y en la propia estructura personal, para ser conocida y llevada a la práctica. Implica un lugar de verificación de la voluntad de Dios: no solo cuál es esa voluntad sino también dónde se encuentra o se puede encontrar, para poder actuar de manera consecuente.

La palabra 'discernimiento' si bien se encuentra ya en San Pablo (1 Cor, 12,10), desde hace 50 años ha tomado connotaciones nuevas. El Concilio Vaticano Segundo, en la Constitución *Gaudium et Spes* (Nº 11) habló de discernir los signos de los tiempos. Pablo VI, en la carta *Octogésima Adveniens* (Nºs 4,15, 31,35,49) habló de discernir las opciones en materia política, social y económica, las situaciones, las ideologías, etc. El Papa Francisco ha insistido mucho en la relevancia del discernimiento, como fue el caso de la convocatoria al Sínodo sobre los jóvenes. Hoy día, muchos católicos han incursionado en la práctica del discernimiento espiritual, no solo para tomar decisiones claves sino también para ir permanentemente revisando y renovando sus estilos de vida.

El Discernimiento puede también ser recogido por la moral más allá de las distintas teorías ideológicas o religiosas, pues entrega y en él podemos encontrar, un método importante, atractivo y riguroso para decir una palabra ética sobre la realidad, sea esta personal, social, económica, política y comunitaria y para tomar decisiones respecto a cómo actuar, de tal manera que mis opciones y conductas como ser humano me hagan crecer y ayuden a otros para su desarrollo en humanidad.

En sentido amplio, discernir significa buscar, a través de una lectura ética y/o religiosa de la realidad, lo mejor para dicha realidad, con el fin de llevarlo a cabo. Se trata, parafraseando a Pablo VI, de conducir a la realidad desde condiciones menos humanas a condiciones más humanas; de promover el desarrollo integral del ser humano y de todas las personas. Es buscar, con la mayor claridad posible sabiendo que la certeza total nunca la tendremos, lo que es mejor para el macro y

micro mundo en el cual nos desenvolvemos, lo mejor para nosotros mismos y para todos, desarrollando en la historia un proceso de hominización y de humanización.

La Pregunta fundamental del Discernimiento

La pregunta central del discernimiento que para la espiritualidad cristiana es ¿Qué quiere Dios de mí?, a nivel meramente ético puede ser formulada de la siguiente manera; ¿Qué es lo mejor para mí y para los demás?, ¿Qué es lo que me humaniza y nos humaniza más? Como decía el filósofo jesuita Arturo Gaete, en esto hay una filosofía de la libertad en la historia pues se trata que los seres humanos busquemos libremente lo mejor para nosotros mismos¹⁰.

Esta pregunta se asemeja a la interrogante fundamental de la ética o de la moral: “¿qué tengo o debo hacer, en determinada situación, para ser mejor yo y hacer mejor mi realidad y la de los demás?”. Se une de esta manera a las preguntas fundamentales que se formula el ser humano desde que tiene conciencia de sí mismo: “¿Quién soy yo, o quienes somos. ¿A dónde voy y vamos? o ¿qué sentido tiene mí y nuestra presencia en el mundo?

Supuestos del Discernimiento

Discernir ética y/ o religiosamente lo mejor para nosotros mismos descansa sobre dos supuestos. El primero se puede formular religiosamente de este modo: Dios habla y lo hace de muchos modos. Uno es a través de nuestra interioridad, fundamentalmente de nuestra conciencia religiosa y/ o ética pudiendo “escuchar” lo que nos dice. El segundo supuesto nos indica que el mensaje de Dios que comunica de muchos modos y también a través de nuestra conciencia, es descifrable. De ahí que podamos saber lo que es mejor para mí y para los demás. Por tanto, el ser humano escucha y descifra el lenguaje de Dios en los acontecimientos y también a través de la propia conciencia.

¹⁰ Gaete, Arturo (1978) *Teoría del discernimiento cristiano de la acción*. Revista Mensaje (1978). Esta parte de la presente reflexión se basa en este artículo que se recomienda leer.



Por otro lado importa agregar la presencia de una realidad escondida y negativa que también habla y tiene que ver con el misterio del mal en el mundo, lo que los creyentes llaman mal espíritu, cuya estrategia consiste en invitarnos a actuar de modo injusto, sin tolerancia, con violencia, etc. Esto hace necesario saber distinguir qué es lo que pertenece a nuestra conciencia verdadera o recta y qué pertenece a esa otra dimensión de la conciencia, no recta sino falsa o errónea¹¹.

La Conciencia Ética habla

Para el pensamiento cristiano, quien nos habla no es un Dios lejano sino un Dios que desde siempre ha estado vinculado a la historia concreta de los hombres. "Dios, que muchas veces y de distintas maneras habló por medio de los profetas, en estos días

finales nos ha hablado por medio del Hijo" (Hebreos 1,1-2). Ahora habla el Espíritu: "Cuando venga el Espíritu de la verdad, los guiará hacia la verdad entera" (Jn. 16,13). Desde el mero punto de vista humanista, podemos afirmar que esta conciencia ética, consistente en el fuero interno, como la dimensión más profunda del ser humano, nos habla permanentemente en la historia de nuestra vida, siempre personal y social a la vez.¹²

¹¹ La Conciencia puede ser verdadera o errónea. La conciencia errónea puede ser venciblemente errónea o invenciblemente errónea. Es decir podemos tener una relación con la realidad y valorar adecuadamente desde el punto de vista ético dicha realidad. Pero también dicha valoración puede ser errónea. Si es errónea, es posible que podamos salir de dicho error. Pero también es posible que estemos imposibilitados para salir de dicho error por variadas circunstancias de nuestra vida y cultura. En este sentido el discernimiento es un mecanismo o método que nos ayuda a vivir en conciencia verdadera.

¹² Esta realidad de la persona de ser social siempre, trae consecuencias para nuestra visión de la ética. José Luis Aranguren afirma que "si la persona es, en su constitución misma, mucho más *social* de lo que los párrafos al principio citados permitían ver, es claro que "su" moral, la que denominábamos "moral personal" es ya, desde su raíz, se quiera o no, social....teóricamente, y así como el conflicto individuo - sociedad y el consiguiente de moral personal *versus* moral social es la artificial

El hombre escucha

La capacidad del hombre para escuchar lo que su conciencia habla, la desarrolla activamente a través de sus propias inquietudes. Estas se expresan a través de sus preguntas fundamentales. La primera pregunta del hombre que discierne es: "¿Qué es lo que debo hacer con mi vida? Ese yo que pregunta es un ser abierto a la comunión con los demás y con capacidad para leer la realidad junto a los otros y viendo en ella lo que es más humano. Ese yo no se constituye como persona si no es de alguna manera reconocido por los demás. Del mismo modo, el ser humano es un oyente de la palabra de Dios manifestada en los acontecimientos históricos y en las situaciones concretas, esporádicas y estructurales que condicionan su experiencia personal y colectiva¹³.

¿Cómo descifrar el mensaje?

La relación hasta el momento es clara: Nuestra conciencia nos habla, podemos escucharla y de esta manera saber lo que es necesario hacer en medio de nuestras relaciones y en medio de nuestros condicionamientos naturales e históricos. Lo mejor para nosotros se va descubriendo poco a poco a través de nuestra conciencia moral pero también a través de la conciencia de los otros y de la microsociedad y macrosociedad, su cultura y su ethos.

construcción de un falso problema, porque la sociedad concreta es que se vive conforma la mentalidad y la sensibilidad de sus miembros; asimismo y recíprocamente, son esos miembros, en tanto que miembros, aunque se sientan desgajados, y nunca en tanto que "individuos", quienes modifican las vigentes pautas - morales y, en cuanto tales, culturales- de comportamiento y, en el límite, el *ethos* moral mismo de la sociedad global de que se trate. Y en esto, justamente, es en lo que consiste la dinámica, moral y cultural, de la sociedad." *Ética de la Felicidad y otros lenguajes* Tecnos, Madrid, 1988. Págs. 105-106.

¹³ Esta antropología nos indica que la persona, al estar abierta a la comunión con los demás, está al mismo tiempo abierta para la comunicación con lo trascendente. En este sentido, la formación ética iluminada por el hecho religioso, puede crear condiciones de posibilidad para el desarrollo de la religiosidad. Por tanto, constituye una afirmación relevante para los profesores de religión, dado que la clase de religión tiene como propósito el desarrollo de la religiosidad de los estudiantes o al menos crear condiciones para que esto ocurra en algún momento clave de la vida de las personas.



Ahora bien, ¿cómo descifrar dicho mensaje? El mensaje se descifra mediante la razón: intelectual y cordial. La razón la entendemos en un sentido amplio: por un lado la razón intelectual o analítica y por otro lado la razón cordial. Se trata del ser humano en cuanto es capaz de captar la realidad y sus mecanismos. El hombre, a través de la razón cordial capta, intuye, lo que es mejor para él y para los demás. A través de la razón analítica, utiliza los datos de la realidad que va descubriendo por medio de los instrumentos que nos entregan las distintas metodologías de las diversas disciplinas, como es el caso del método científico.

De este modo, la persona tiene la capacidad para conocer analíticamente la realidad y también para intuir lo que es mejor para él. Análisis sistemático e intuición se complementan y configuran un modo de acercamiento a la vida que permite al ser humano tomarla en sus manos para conducirla hacia algo mejor. Este es el sentido más profundo de la condición ética de la persona humana que, como hemos indicado, busca ser protagonista de su vida. Ser ético consiste justamente en la capacidad innata de la persona humana para poder tomar la vida, personal y social, con sus propias manos.

A modo de conclusión

Comenzamos explicitando lo que muchos profesores de religión han manifestado en numerosas instancias formativas, en relación a la exigencia de algunos directivos y/o sostenedores de colegios para utilizar el espacio de la clase de religión con el fin de “enseñar valores”.

Algunos docentes no han visto esta demanda como oportunidad sino más bien como amenaza. La invitación de esta reflexión es no ir frontalmente contra la corriente, encontrando en el desafío de formar éticamente la posibilidad de mostrar, como fundamento de la acción moral del cristiano, el acontecimiento religioso de un Dios que sin dejar su condición sagrada, se hizo un ser humano para invitarnos a un nuevo modo de vivir la vida, de acuerdo al anuncio de la cercanía de su Reino. (Mc, 1,14-15).

Cuando Jesús anuncia el Reino de su Padre, invita a actuar de un modo nuevo. Ese actuar

implica una nueva conducta moral que no se fundamenta por sí misma, sino que cobra sentido en una relación con lo más sagrado. Más aún, el mismo hecho de la Encarnación, de un Dios que se hace humano, muestra que la persona humana es un ser sagrado y por tanto actúa éticamente en base a una relación de amor entre las personas. De ahí que el mandamiento fundamental sea el amor a Dios y el amor a los demás. (Jn 13, 34-35).

El horizonte que implica el anuncio del Reino de Dios es la humanización plena. La tradición última de la Iglesia lo ha llamado Desarrollo Integral, con una perspectiva dinámica de proceso: el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas. Para guiar este proceso, que a la vez es de creciente protagonismo humano, el Discernimiento, en cuanto método de búsqueda de lo mejor y también en cuanto estilo de vida, aparece como la posibilidad rigurosa, en diálogo con distintas éticas humanizadoras, de asumir autónoma y cooperativamente el desafío de responder a la pregunta permanente: ¿qué debo hacer para colaborar en la construcción de un mundo cada vez más humano?, invitando a descubrir en Jesús, un referente fundamental para responderla.

La clase de religión, al mostrar el discernimiento como una competencia privilegiada a desarrollar en el proceso educativo, aparece como una instancia curricular formidable, tanto para la formación ética como para la formación religiosa que puede fundamentar la moral vivida.